

Excmos. y Revmos. Señores
Profesores. Alumnos
Señoras y señores:

Una vez más el Rector de la Universidad debe dirigiros palabras de saludo y bienvenida en la sesión de apertura del Simposio Internacional de Teología. Es éste el tercero de los organizados por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, y alegra comprobar que la investigación teológica acude, con reiterada generosidad, al foro de la inteligencia para dar respuesta clara y profunda a las ansias de saber que laten en la mente humana. Al organizar estos encuentros internacionales, la Facultad de Teología no hace otra cosa que cumplir con una obligación esencial a su naturaleza universitaria. Pero aunque se trate de un simple cumplimiento del deber, como sé que en el actuar de la Facultad no hay búsqueda ni de aplausos ni agradecimientos, quiero ahora expresar públicamente a su Claustro de Profesores mi más cordial felicitación.

La tarea de un Centro Universitario se entreteje con la diaria actividad docente e investigadora, y tiene como manifestación externa los Grados académicos que otorga y las publicaciones científicas. Pero además, y como lógica consecuencia de su quehacer, la Facultad debe abrir sus aulas a reuniones científicas que faciliten la comunicación personal entre los especialistas de distintos países y Universidades. Con éste y otros Simposios, la Universidad —y ahora concretamente la Facultad de Teología— desea contribuir al fecundo intercambio de conocimientos en temas que encierran un particular interés, y todo ello realizado en un clima de libertad, de comprensión, y con afanes de noble estudio. Quizá sea oportuno recordar en este momento que la voz griega que nos ha legado la palabra Simposio tenía un amable significado: festín. ¿No os parece que estas reunio-

nes internacionales deben ser una esforzada fiesta de la inteligencia en este caso proyectada en la investigación teológica?

En el año 1979 se celebró el primer Simposio, que dedicó su atención a la crisis contemporánea, con singular referencia a los planteamientos teológicos y éticos en la sociedad de nuestro tiempo. El segundo Simposio se ocupó de dos realidades sociales básicas: el matrimonio y la familia. La Facultad de Teología mostró una fina sensibilidad al preocuparse de cuestiones que inciden directamente en la sociedad de la que forma parte.

Y hoy se inicia el tercer Simposio, y el tema propuesto por la Facultad afronta de manera directa uno de los puntos capitales de toda reflexión teológica: la realidad misma de Cristo. Mas al ocuparse de una cuestión estrictamente teológica, la Facultad no se olvida de la sociedad; aspira a recordarle algo de esencial importancia: su fin y su destino. El trabajo que hoy comenzáis entronca con las apremiantes llamadas de Juan Pablo II, siempre atento a los problemas del hombre, que proclama incansablemente la verdad de Cristo con la convicción de que esa verdad debe iluminar todo el pensamiento humano. Hace unos momentos el Sr. Arzobispo de Pamplona nos recordaba el texto de la primera Encíclica de Su Santidad el Papa: *la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo*¹.

Sin el menor ánimo de penetrar en las cuestiones concretas que serán objeto de estudio en el presente Simposio, permitidme comentar en voz alta una reflexión personal que hago más como Profesor de la Facultad de Ciencias de la Información que como Rector de esta Universidad.

Desde la perspectiva de los medios de comunicación social o medios de comunicación colectiva, el tema central de este III Simposio de Teología adquiere un singular relieve. Y no os debe extrañar este hecho. A las Facultades y Centros que cultivan otras áreas del conocimiento, la investigación teológica no sólo les afecta en las cuestiones fronterizas entre la Teología y las diferentes ciencias. El docente y el investigador sienten el problema de la fundamentación última de los saberes que cultivan y transmiten. En la base de cualquier cuestión que, por ejemplo, aflora a través de los medios informativos y se difunde en la opinión pública, hay un interrogante siempre clamoroso, aunque a veces se manifiesta en forma de silencio. ¿Cuál

1. Enc. *Redemptor hominis*, n. 7.

es esa interrogante? En definitiva nos encontramos ante aquella divina pregunta, que encierra ecos de eternidad y tiene valor de presente: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? ². He aquí la pregunta. Algunos de nuestros contemporáneos parece que dan respuestas disparatadas; pero en el fondo del alma humana —y tenéis que estar firmemente convencido de ello— se percibe el deseo de escuchar una respuesta decisiva, exigente, una respuesta que se eleve por encima de intereses anclados en el propio yo. Que los hombres de hoy, como los de hace veinte siglos, aspiran a saber quién es Cristo.

Cuantos os dedicáis profesionalmente a la investigación y a la docencia de la Teología, tenéis la singular fortuna —mejor diría: tenéis el privilegio de la gracia— de otear la verdad infinita, de sentir con la inteligencia el grandioso vértigo de lo eterno y permanente. Vuestro caminar investigador tiene una meta que es, a la vez, punto de partida: la fe. Recuerdo aquellas palabras del Fundador de esta Universidad. Decía: *Si miramos a nuestro alrededor y consideramos el transcurso de la historia de la humanidad, observaremos progresos y avances. La ciencia ha dado al hombre una mayor conciencia de su poder. La técnica domina la naturaleza en mayor grado que en épocas pasadas, y permite que la humanidad sueñe con llegar a un más alto nivel de cultura, de vida material, de unidad.* Pero Mons. Escrivá de Balaguer, después de hacer esta consideración sobre el desarrollo de la historia, afirmaba con toda la fuerza que mueve a los hombres de Dios: *En el orden religioso, el hombre sigue siendo hombre, y Dios sigue siendo Dios. En este campo la cumbre del progreso se ha dado ya: es Cristo, alfa y omega, principio y fin. En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está dado todo en Cristo, que murió, y resucitó, y que vive y permanece siempre* ³.

Pienso que en la mente de todos vosotros está la idea de que si la Teología, al reflexionar sobre la verdad de la fe, siempre contribuye al diálogo entre la fe y la cultura, y manifiesta además la vitalidad intelectual del vivir cristiano, nunca lo hace más profundamente que cuando centra su atención en Cristo.

Antes de terminar estas breves palabras deseo haceros llegar la cordial bienvenida en nombre del Gran Canciller de esta Universidad, Excmo. y Revmo. Dr. D. Alvaro del Portillo.

2. Mt. XVI, 13.

3. *Es Cristo que pasa*, n. 104.

Y ya, para terminar, a mi saludo añado la fórmula protocolaria que me corresponde el honor de decir en este acto de apertura, y que va con el augurio de unas fructíferas jornadas de trabajo: queda abierto el III Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra.